

## Testimonios

A fin de integrar el conocimiento de las figuras representativas que en nuestro país actuaron durante el siglo XIX, recogemos apuntaciones de Felipe Pardo y Aliaga, Mariano Felipe Paz Soldán y José Arnaldo Márquez, en torno a personajes por ellos conocidos y cuya prestancia se proyecta sobre hechos relievantes de la historia coetánea. Son ellos: Mateo Aguilar, Ramón Castilla, Agustín Gamarra, Bartolomé Herrera, Antonio Gutiérrez de La Fuente, Benito Laso, Trinidad Morán, Domingo Nieto, José Joaquín de Olmedo, Luis José de Orbegoso, Francisco de Paula Otero, Andrés de Santa Cruz y Francisco de Paula González Vigil. Y, si bien es cierto que en tal o cual caso se atribuye a esos personajes algún matiz sugerido por las proyecciones pasionales, o se les presenta muy parcialmente, no ha de pasar desapercibida la importancia de las informaciones y los juicios pertinentes.

De otra parte, cabe advertir que las referidas apuntaciones son virtualmente desconocidas aun entre los especialistas de nuestro país, y con ellas se contribuye a integrar la silueta de sus respectivos autores. Las Semblanzas Peruanas, suscritas por Felipe Pardo y Aliaga (cf. Boletín de la Academia Chilena de la Historia: N° 33, pp. 63-67; Santiago de Chile, segundo semestre de 1945) parecen posteriores a 1855, pues —si no bastara a sugerirlo así la inclusión de datos tales como el fusilamiento del general Trinidad Morán, o la caducidad de la constitución de 1839— su tendencia a mirar equilibradamente los aspectos positivos y negativos de los hombres, así como sus asomos de amargo humorismo y su desdén por la ostentación, denotan la contemplación de quien se halla alejado de la vida pública. Las Brevisimas notas biográficas, debidas a Mariano Felipe Paz-Soldán (cf. Revista Chilena de Historia y Geografía: Tomo VIII, pp. 147-160; Santiago de Chile, 1913), fechadas en Lima, a 26 de marzo de 1865, son, posiblemente, fragmentos destinados a su Historia del Perú Independiente —cuyo primer volumen debía aparecer tres años más tarde—. Y los artículos de José Arnaldo Márquez (cf. El Comercio: Lima, 19 de enero y 1° de marzo de 1903) son recuerdos nostálgicos de sus años juveniles, en los cuales se aprecia la emoción que al evocarlos alentaba.

A. T.

### SEMBLANZAS PERUANAS

por Felipe Pardo y Aliaga

#### EL GENERAL ORBEGOSO

Don José Orbegoso era conde cuando se juró la independencia en Trujillo, en enero de 1821. Se le hizo coronel de milicias, de ejército y general, sin entender más de milicia que el sastre que le bordara sus uniformes. Así hay algunos en este país.

Su personal era magnífico. Bella fisonomía, muy velludo, de primera talla, de buen trato y fácil locución en los actos públicos; algo dado al licor y sin carácter político.

Sin deberle nada la independencia del Perú llegó a ser Presidente, más para lucir su persona que para gobernar. Visitaba los conventos de monjas y tenía gran partido entre las mulatas, que siempre lo seguían para vivarlo, y habiéndole sus enemigos políticos echádole en cara más de cien veces su culto a Baco, solían las mulatas de Lima exclamar: "Viva el niño Orbegoso! así borrachito lo queremos!"

Su grande hazaña como militar, fué tomar el Castillo del Callao en coche; por lo que decretó una medalla, en la que iba grabado el Castillo, mas no el coche, porque habría salido muy pequeño, imperceptible, y él menos que un insecto microscópico.

Poco después se le sublevó Salaverry, que lo arrojó de Lima a Arequipa, y apeló a Santa Cruz o la intervención boliviana, que fué una especie de conquista, de la que Chile libertó al Perú, aunque no pudo libertarlo de la carcoma de la moneda feble que el gran financista boliviano introdujo en el país para su mayor humillación.

La historia de la dominación boliviana y sus sangrientos episodios, son el proceso de Orbegoso como mandatario de su patria. Lanzada del Perú la dominación de Bolivia por el esfuerzo de Chile, Orbegoso se refugió en Guayaquil, donde su desarreglada vida dió fin a su triste existencia, sin quitarle jamás los humos de Presidente y la nobleza de su nacimiento.

## NIETO

Era capitán sin instrucción militar en 1823. Fué jefe de escuadrón en 1829. Por haber lanceado a Camacaro, uno de los más valientes capitanes de compañía que pelearon en Junín, adquirió fama de valiente. Hay quien dice que lo lanceó después de muerto. Nieto era liberal, republicano a lo esparciata, más por fantasía que por principios. Al primer hijo que tuvo le puso Leonidas, y llamó un sargento de su regimiento para padrino. Instrucción poca y miscelánea, buen trato, buena conducta como hombre público. Fué miembro de la Junta de Gobierno que en 1843 se formó en contraposición a Vivanco, Supremo Director, y se le sobrepuso Castilla, mucho más hombre que él. Estando en el Cuzco murió: algunos dicen envenenado; pero no hay prueba alguna del hecho.

## MORAN

Era teniente coronel y se distinguió en la batalla de Ayacucho. Llano sin instrucción, pero de algún talento natural, y aficionado a leer. Muy ensimismado en su dignidad de general, como la mayor parte de los que han salido de la nada, y no tienen bastante altivez de ánimo para respetar a sus semejantes. Sirvió a la Confederación y fué una de sus mejores columnas. Caída ésta estuvo en Guayaquil con otros emigrados. Cuando volvió al Perú se fué a Arequipa donde era casado y allí ejerció la usura y otros negocios de juego, por lo que se hizo odioso a las familias, a cuyos hijos había arruinado a la mala, como dicen. Tanto cacareó que era vencedor en Ayacucho y libertador de los peruanos, que cuando en 1854 fué vencido por Elías y tomado prisionero, el pueblo pidió su cabeza y fué fusilado en la plaza. El recuerdo que hizo al pueblo de que era su libertador lo irritó más, porque estaban fastidiados de oírsele repetir. Era valiente y alabancioso.

## OTERO

El general Otero, argentino, sirvió de un modo distinguido en la independencia del Perú. Concluida la guerra se dedicó al trabajo de minas en el cerro de Pasco y fué un buen modelo de ciudadanos industriales, morales y dignos.

## VIJIL

Francisco de Paula González Vijil, tacneño, perteneciente a una de las más decentes familias de Tacna, y la más distinguida por su talento.

Vijil se crió bajo la tutela de unos padres demasiado piadosos. La madre, a quien conocimos, era un modelo de virtudes domésticas y muy escrupulosa conciencia, tanto que sacrificó muchos miles en hacer decir misas por su marido, muerto algunos años antes que ella.

De esta notable familia, un hermano de don Francisco (don Juan Antonio), era una notabilidad por su talento; pero murió joven y no dejó mayores frutos de su ingenio. Otra hermana, doña María Joséfa, entró de monja, influida por su educación, y hubiera sido otra Santa Teresa si en nuestros tiempos pudieran haber santos a tan poca costa, o hubiera hueco en el calendario para colocarlos. Son curiosos los cargos que ésta hacía a su hermano por sus escritos, sin desmentir ni un ápice el entrañable amor que le profesaba, ni dudar un momento de su buena fe.

En 1825 Vijil era un presbítero que gozaba de la mejor reputación como sacerdote virtuoso y como hombre de algún saber y de fácil locución. En enero de 1826 fué elegido diputado al Congreso de ese año y muy festejado por sus comprovincianos que lo acompañaron de Tacna a Arica, donde se hacían las elecciones, como capital de provincia. En ese Congreso empezó a ser considerado como uno de los más distinguidos miembros y en el de 1834, era un orador sobresaliente y más que todo sujeto a su deber. Varias otras veces ha sido elegido; pero no ha desempeñado su cargo, o porque no se lo ha permitido su salud quebrantada, o porque la política reinante no ha estado de acuerdo con su conciencia.

El trato del mundo y el ensanche que dió a sus conocimientos, hicieron del levita timorato un filósofo investigador de la verdad. Se abrieron para él las cataratas de los errores consagrados y buscó la luz en las tradiciones. Rico de éstas, vió que se había hecho de ellas un enmarañado bosque, donde los astutos hacían perderse a los incautos, y se propuso descuararlo presentando el verdadero camino que conduce al fin del cristianismo.

Su defensa de los Gobiernos contra las pretensiones de la Curia Romana, la de la autoridad de los Obispos, su obra sobre los jesuítas y multitud de opúsculos en defensa de los derechos de la Humanidad, hacen de él el más laborioso escritor de América, el más constante atleta de la libertad y el Patriarca de la juventud ilustrada, a la que suele consagrar sus trabajos literarios.

Anatematizado en Roma, en donde se ha prohibido hasta el opúsculo en que prueba la existencia de Dios, perseguido aquí por los fanáticos hasta en el hogar doméstico, escribiendo contra él hasta el diablo y el Padre Gual, la calma del justo no se ha alterado ni un momento. Modelo de mansedumbre evangélica, de unas costumbres intachables, de una afabilidad encantadora, Vijil es el consuelo de todos los afligidos, el tranquilizador de los perturbados y el apoyo de todo el que va por buen camino.

Los extranjeros lo buscan por conocer al que en Estados Unidos y en Inglaterra han calificado de Luz en las tinieblas, y como es el bibliotecario de

Lima, está siempre recibiendo gentes desconocidas, para las que nunca le faltan sus buenos modales y su acreditada modestia.

Tal es Vijil, sin que hayamos hecho su biografía, ni dicho de él la centésima parte de lo mucho bueno que habría que decir.

### EL GENERAL GAMARRA

Era como hombre privado un perfecto caballero. Afable en su trato, generoso, instruído y elocuente, al extremo de haber, con una sola palabra en quechua, hecho arrodillar de un golpe a 12,000 indios en el Cuzco, a quienes arengaba. Sabía bien el latín, el francés y hablaba el castellano como un madrileño.

Sirvió en el ejército español hasta la clase de coronel, siendo cuzqueño de nacimiento, y fué el único general peruano en Ayacucho, desempeñando el cargo de Jefe del Estado Mayor General.

Como político perdía todas sus buenas cualidades personales. Introdujo las sublevaciones del ejército, por echar abajo al venerable general Lamar; estimuló el odio a los extranjeros, porque entre ellos había jefes más meritorios que él, como Necochea, Lamar y Miller, que al servicio del Perú tenían los mismos derechos políticos que él; tuvo por sistema atraerse a sus enemigos y descuidar a sus amigos. Puro de peculados, dejó enriquecerse a los jefes de cuerpos, prefectos y subprefectos, por medios reprobados.

Su ambición de mando lo condujo a engañar a un tiempo a Santa Cruz, a Orbegoso y a Salaverry; y después de haberse rebelado contra Lamar, en Piura, en 1829, volvió contra Santa Cruz las armas que éste le diera contra Orbegoso, emigrando después de perder la batalla de Yanacocha, cerca del Cuzco, en 1836.

Volvió al Perú en 1838 con el ejército auxiliar chileno, y tomó el mando de la República, a consecuencia de la batalla de Yungay el 20 de enero de ese año. Al siguiente, 1839, reunió un Congreso en Huancayo que dió al Perú una mala constitución, la que duró más que ninguna, porque el Perú parece condenado a que en él dure sólo lo malo. La esclavitud del africano, que tocaba ya a su término en 1840, fué prolongada por ese Congreso indefinidamente. Con esa Constitución, hecha a su amaño, pudo gobernar Gamarra hasta 1842 (\*), no sin alarmas con la ambición de Vivanco que se pronunció en Arequipa 1840.

El temor de que Santa Cruz (su coco) volviese a imperar en Bolivia, le hizo emprender una campaña contra el ejército boliviano que se sublevó a favor de Santa Cruz desconociendo la autoridad del Presidente Velazco. Mas, al acercarse Gamarra, el ejército boliviano, siempre muy patriota, le quitó el pretexto de invadir a Bolivia, proclamándose por Ballivián, que Gamarra les llevaba a retaguardia del ejército invasor peruano.

A pesar de esto, Gamarra siempre invadió a Bolivia, y el mismo Ballivián lo derrotó en Incahue, donde murió con alguna gloria en el campo de batalla, con el pabellón peruano en su diestra.

Gamarra ha sido el objeto de muchos odios políticos, mas de los que le han sucedido ninguno ha valido lo que él, ni como político, ni como militar. Los afectos a Lamar jamás congeniaron con él, y éstos son los que más han contribuido a oscurecer su nombre. Sin embargo era hombre de valer.

(\*) Adviértase el error cronológico, pues Gamarra murió en la batalla de Ingaví, el 18 de noviembre de 1841.

## BREVISIMAS NOTAS BIOGRAFICAS

por Mariano Felipe Paz-Seidán

## DON ANDRES SANTA CRUZ

Nació en el Perú, entre los años 1787 a 90, hijo legítimo, de sangre indígena pura.

La poca instrucción que recibió fué en el Cuzco; fué condiscípulo con Gamarra.

La mujer de Santa Cruz hubo de casarse con el general Salaverry cuando éste era capitán; no se realizó, por que entonces Santa Cruz tenía más representación; ya era general.

Sirvió en el ejército real, en las campañas del Alto Perú; obtuvo la clase de coronel, entonces vino al Perú y fué destinado con O'Reilly a la campaña del Cerro de Pasco; en la batalla del 6 de Diciembre de 1820, en que el general Arenales obtuvo el triunfo, cayó prisionero Santa Cruz y después se plegó a las banderas de la patria. Se le destinó a Trujillo y Torre Tagle lo nombró gobernador de Cajamarca (hoy se llaman sub-prefectos). Luego se le encargó formar un batallón y cuando ya lo tuvo listo, se le mandó como jefe de la división peruana que pasó a Colombia como auxiliar.

El triunfo de Pichincha lo llenó de crédito y de ahí nace su futuro engrandecimiento.

El 27 de Febrero de 1823 fué el que encabezó el movimiento para deponer la Junta Gubernativa. Después se le dió el mando en jefe del ejército que salió de Lima en Octubre de 1823 sobre la Paz y Oruro, con Gamarra que fué el jefe del Estado Mayor. Ese ejército sufrió la más vergonzosa pérdida imaginable, sin comprometer ninguna batalla, debido todo a la impericia de Santa Cruz y a su cobardía.

Felizmente cuando esto sucedía, tuvo lugar en trujillo la revolución, o diré mejor la guerra civil entre Riva Agüero y Torre Tagle; de otro modo es seguro que Santa Cruz hubiera sido castigado.

Bolívar lo ocupó en diferentes comisiones (no de mando de tropas) después de Ayacucho, por esto no fué vencedor en Junín ni en Ayacucho.

Se plegó mucho al partido de Bolívar y esta fué la causa de que quedara como presidente de una Junta de Gobierno durante la ausencia de Bolívar. En la revolución que se hizo en Lima en Enero de 1827 contra Bolívar, Santa Cruz jugó doble papel, más por temor que por maldad. A consecuencia de estos sucesos, salió a Chile y de allí regresó a Bolivia como Presidente.

La intriga y todo su saber lo puso en juego desde Bolivia para derribar a la Mar y desde entonces pensaba en su favorito Proyecto de Confederación, que no tuvo lugar porque Gamarra se le separó.

Continuó intrigando hasta que los sucesos posteriores le abrieron la puerta con la revolución de Salaverry.

Lo posterior a esta época es conocido.

Santa Cruz tiene toda la astucia y reserva del indio. Es sanguinario, déspota y muy amigo del boato y de recibir honores y adulaciones. Tiene talento, buen criterio, mucho conocimiento de los negocios públicos, buen administrador.

El fusilamiento de Salaverry lo tenía decidido desde que cayó prisionero.

## DON AGUSTIN GAMARRA

Nació en el Cuzco, coetáneo con Santa Cruz, amigo y compadre con éste, siempre unidos en sus intrigas; pero Gamarra, muy peruano, aprovechaba de Santa Cruz para subir y luego lo abandonaba.

Estudió en el Colegio del Cuzco, sabía muy bien el latín y francés, (en Ingavi llevaba entre sus libros de bolsillo a Horacio, en latín). Distinguido talento, pero ninguna instrucción de las ciencias administrativas.

En el ejército español subió poco a poco hasta la clase de coronel, al mando de un batallón; cuando se le quitó el mando de este se pasó a la patria en Diciembre de 1820. Se le consideraba como muy inteligente para crear y organizar un ejército y excelente táctico. Sin duda, era un excelente táctico y capaz de dirigir con acierto una campaña.

Sus enemigos le atribuían falta de valor, pero sin ningún motivo. En el año 1828, cuando el batallón Pichincha se sublevó en Arequipa, él con muy pocos oficiales se presentó delante de los sublevados, le mataron varios caballos y con espada en mano se arrojaba entre las calles y tomó así a muchos soldados. En Ingavi se portó con valor, lo mismo que en Guía y Ancash.

El plan favorito de Gamarra era hacer desaparecer a Bolivia; de aquí sus desaciertos, su vida tormentosa, sus intrigas y sus errores, que causaron tanto mal.

Como Presidente en el año 1830 a 1834, organizó mucho la Administración en todos sus ramos; pero su debilidad política le hacía tolerar los abusos de sus subalternos.

En su trato familiar fué muy amable, franco, generoso, y sincero. Su mujer doña Francisca Zubiaga lo hizo extraviarse en mucho: esta señora era una verdadera heroína; en otro país y en diferente época hubiera sido competidora de aquellas heroínas de Rusia, Inglaterra y Francia.

Como jefe de Estado Mayor General del Ejército Unido Libertador estuvo en la campaña de 1824 y asistió a los combates de Junín y Ayacucho.

Intervino de un modo injustificable en los negocios de Bolivia en 1828 y tuvo la gloria de conservar su plan con los tratados de Piquisa que le merecieron el grado de Gran Mariscal de Piquisa. Más hábil que La Fuente supo aprovechar del crédito y servicios de éste para venir al mando de la expedición chilena. En esta campaña él fué el espíritu que concebía y Bulnes el brazo que ejecutaba: Bulnes fué soldado, el otro el político y Director.

La vida de Santa Cruz y Gamarra es la historia completa del Perú desde 1820 hasta 1841, no hay una sola página y quizás un solo cuadro en que no aparezcan estos dos personajes.

Gamarra en su vida privada era muy frugal y moderado. Cuando fué a la campaña última de Bolivia (1841) llevó un gran equipaje y todo su servicio de plata; diariamente su mesa era de gran lujo por el servicio de manjares; reconvenido por qué había variado tanto, contestó: "porque aquí represento al Perú y como su Presidente debo hacer todo lo posible por su lustre y decoro".

En Ingavi murió como un héroe.

Gamarra intrigó con Santa Cruz, después con La Mar y últimamente con Salaverry. Su espíritu inquieto es la causa de los trastornos que tanto han dañado al Perú.

## DON RAMON CASTILLA

Nació en Tarapacá —entre los años de 1793 a 95— hijo legítimo de padres decentes. Su padre fué español y su madre una señora González (conoció y tuve amistad con la hermana, es decir la tía del General Castilla). Uno de los hermanos de don Ramón Castilla fué a España y allá subió hasta ser General de División, creo que se llamaba José María.

Don Ramón Castilla entró a servir en el ejército español en la clase de alférez abanderado del Regimiento de Dragones de la Unión, del cual fué comandante don Pablo Antonio de Rada (cuñado mío por haberse casado con mi hermana Juanita) con este motivo mi cuñado me dijo que Castilla como subalterno era muy querido de sus jefes por su contracción y valor.

Estaba con parte de su regimiento en las inmediaciones de Lima, cuando se pasó a las filas del ejército de San Martín, en Mayo de 1821; fué destinado en el acto a formar en Trujillo el Regimiento llamado Coraceros, que después se denominó Húsares de Junín. Por su actividad logró ascender hasta Sargento Mayor, siendo grado por grado. Fue uno de los que contribuyó a desbaratar los planes de Riva Agüero.

Cuando llegó Bolívar, se resistió a entregar a un jefe colombiano el mando del Escuadrón que él mandaba, diciendo que un Regimiento o Cuerpo peruano debía ser mandado por peruanos y no por extranjeros; tuvo varios otros altercados con Bolívar y hubo de ser fusilado; pero lo salvó el General La Fuente, bajo cuyas órdenes había servido en el Regimiento de Coraceros. Siempre sostuvo el honor de su cuerpo y en las continuas peleas entre soldados peruanos y colombianos, siempre sostuvo a los suyos; todo fué causa del odio de Bolívar. En la campaña de 1824, fué preso y enjuiciado y en la víspera de la batalla de Junín, pidió que se le dejara libre solo para el momento de la pelea y después volver a su prisión: se le concedió la gracia y La Mar lo hizo ayudante del Estado Mayor General. La bravura con que procedió en Junín le mereció ser ascendido a Teniente Coronel y que se cortara la causa. Quedó en su misma colocación y como tal asistió a la batalla de Ayacucho.

Libre el Perú, cuando Bolívar se ausentó, lo nombraron sub-prefecto de Tarapacá. Se opuso a la Constitución vitalicia.

En las diferentes guerras civiles siempre ocupó puestos distinguidos. En 1834 estaba mandando el departamento de Puno como prefecto. Al lado de Orbegoso sirvió como jefe de Estado Mayor General.

Desde 1835 ya fué más pública su vida y como general figura en los hechos de más crédito.

Castilla desde subalterno siempre ha sido firme, enérgico y poco amigo de humillarse, hasta llegar a la insubordinación. Sus cartas privadas (que conservo) a La Fuente, Gamarra, etc., etc., lo prueban, cuando aquellos eran el uno Presidente y el otro Vice-Presidente.

Es honrado a toda prueba, valiente, su corazón muy sensible; la aspeza de su genio es para alejar a los impertinentes. Liberal, verdadero republicano, amigo de la libertad de imprenta, que siempre ha respetado, nunca fusionó a nadie y a él se le debe la abolición del patíbulo político.

No tiene instrucción, pero ha llegado a adquirir tal práctica en los negocios administrativos que en el acto y con una perspicacia que asombra, hiere la dificultad. En sus combinaciones políticas o militares, procede con una sangre fría y calma admirables. Para conocer al general Castilla, es preciso verlo en esos momentos. Por eso todos los que han sido sus Ministros le comprenden y reconocen su mérito; es el ídolo de los soldados, porque los cuida y no duerme en campaña hasta que su tropa está bien alojada.

Los muchos años que ha figurado el general Castilla, le han acarreado multitud de enemigos que han procurado desacreditarlo; pero se puede decir con toda seguridad y probar con hechos que de cuantos Presidentes ha tenido el Perú, ha sido el mejor; esto no quiere decir que haya sido un modelo entre los Jefes de Estado. Ha cometido gravísimos e injustificables errores y pudo haber hecho que el Perú fuera la primera nación de Sud-América.

La historia le hará justicia y su figura engrandecerá mientras mayor sea la distancia en que lo veamos; entonces desaparecerán las pequeñeces y debilidades del hombre. Nadie es grande para los que lo contemplan de cerca.

### DR. DON BENITO LASO

Nació en Arequipa entre los años 1780 a 1790; fué hijo legítimo de don José Nicolás Laso de la Vega y González y de doña Evarista González Quijano, familia muy decente. Estudió en el Colegio Seminario, bajo la dirección del ilustre y virtuoso prelado Chávez de la Rosa. Desde el Colegio tuvo gran crédito por sus talentos, espíritu exaltado y patriota. Fué al Cuzco a recibirse de abogado y con ese motivo tuvo íntima relación con los principales caudillos de la revolución de Picoaga, Angulo, Pumacahua y otros y fué tan pronunciada su opinión, que hubieron de fusilarlo: las muchas relaciones de amistad lo salvaron, pagando 1,500 pesos y siendo confinado a Puno. En esta ciudad ejerció la profesión de minero, por que la abogacía no daba nada. Se casó. Cuando llegó San Martín, estuvo en Lima, tomó parte activa en los trabajos y se presentó al ejército, obteniendo la clase de subteniente y después la de teniente: en esta graduación, fué con el general Alvarado, a la campaña de Intermedios en el año 1822, como Auditor General del Ejército. De regreso quedó en Lima, escribiendo algunos periódicos y folletos, entre ellos el titulado *Observaciones que influyeron en la variación del Poder Ejecutivo en 1823*. Circunstancias de familia lo obligaron a regresar al Sur, en donde permaneció, sembrando las ideas republicanas. Bolívar, Sucre y demás jefes patriotas lo llenaron de distinciones. En el Cuzco escribió el muy acreditado periódico *Sol del Cuzco*, lleno de erudición, de ideas liberales y de sanos principios: en materias eclesiásticas era ultra-liberal. Fue diputado en los Congresos de 1827 y 1834, llamando siempre la atención por sus ideas exaltadas que sostenía con calor. Como orador no lucía; era trabajoso para expresarse, seco en sus frases y si se quiere obscuro; escribiendo era claro, su estilo muy puro, sus ideas las expresaba con nervio y sencillez y en sus escritos probaba mucha erudición y en efecto conocía mucho la historia y en especial la moderna. Escribió en 1834 *El Pensador*, y en 1835 y 36 fué el primer escritor contra Santa Cruz. Después redactó en Lima *La Bolsa*, *El Correo*; sin perjuicio de lo mucho que escribía bajo el anónimo o folletos, mereciendo especial mención *La Rápida Ojeada sobre los sucesos del Perú*.

El doctor Laso era un hombre que en su corazón tenía el fervor y entusiasmo de los que vivieron en 1789 y viejo, en los momentos de agonizar, cuando se hablaba de patriotismo o asuntos que se interesaban con la patria y libertad, parecía que lo respetaba la muerte y le daba todavía alguna tregua para que los jóvenes que lo oían se inspirasen.

En las épocas de adversidad política vivió ejerciendo su profesión de abogado y con tanto crédito que ganaba más de mil pesos mensuales; pero su corazón gustaba de la política y por ello, la abogacía le sirvió como auxilio en sus persecuciones.

El doctor Laso era muy firme en sus opiniones, pero le faltaba el



valor físico y algunas inconsecuencias de su vida política no tuvieron otro móvil que el miedo.

Fué vocal y fundador de las Cortes de Justicia de Arequipa y Trujillo, y últimamente de la Excma. Corte Suprema. Como magistrado fué puro, immaculado y el crisol de la justicia: jamás se le tachó ni por sus más encarnizados enemigos.

En lo político desempeñó varias veces el Ministerio de Gobierno y Relaciones Exteriores; en 1839 con Gamarra, después con Vidal. En estas circunstancias manifestó energía y firmeza. La vida del doctor Laso está muy unida a ciertas épocas y no es posible escribirla sin entrar en pormenores muy interesantes.

El fuerte del doctor Laso como escritor era el verso satírico y en especial el epigrama: muchos son tan populares como los de Béranger. Como muestra copio el siguiente, que escribió en una fuerte polémica con un fraile exclausturado:

El Diablo un tiempo emprendió  
Ser peor de lo que ha sido,  
Se hizo fraile y se salió,  
Para ser fraile salido.

En su conversación privada era agradable, muy sentencioso y aficionado a reducir a apotegmas los principios de la política y de la moral: escribió mucho sobre esto y su hijo conserva esos borradores que yo procuraré conseguir y publicar.

#### DON ANTONIO GUTIERREZ DE LA FUENTE, GRAN MARISCAL

Uno de los personajes que más figuran en la historia del Perú independiente es sin duda el Gran Mariscal, don Antonio G. de la Fuente. Desde la llegada de San Martín hasta hoy, no hay época notable en que no se represente un papel más o menos importante. Siempre han sido poco favorables los conceptos que se han tenido de él; por que no se ha querido estudiar las causas, o se le ha juzgado como guerrero, más que como político. La lectura de millares de cartas privadas escritas a él y contestadas en lo más íntimo de la amistad y en la reserva del misterio, me han puesto en capacidad de conocer profundamente al general La Fuente y juzgarlo con una exactitud fotográfica. Yo tuve en una época ideas distintas por que me dejé guiar por los escritos innumerables contra éste, publicados en tiempos de las pasiones dominantes. Hoy en mi gabinete, rodeado de documentos mil, todos inéditos, recogidos de diversos archivos y leídos con frialdad y sin más móvil que el de ser fiel en mis narraciones puedo emitir mi juicio.

Don Antonio Gutiérrez de la Fuente nació en Tarapacá: según datos bastante fundados debió nacer el año 1798, principió su carrera en el ejército español en el Regimiento Dragones de la Unión y debió descubrir algún mérito, cuando pudo llegar a ser sargento mayor de caballería: esta clase tenía cuando en Mayo de 1821 se incorporó al ejército de San Martín. Se le destinó a Trujillo a formar un Regimiento de Caballería. San Martín que tenía el don de saber buscar a los hombres, conoció que la Fuente, que ya obtuvo el grado de teniente coronel, o comandante que es lo mismo, era muy apropiado para conseguir una nueva división auxiliar de las provincias del Plata.

San Martín comisionó, pues, al comandante La Fuente cerca de los

Gobiernos del Plata para que reuniera una división que atacara a los realistas por el alto Perú. La Fuente pasó a Chile se puso en contacto con O'Higgins y después con los diferentes Gobernadores de Mendoza, Jujuy, Salta, Buenos Aires, etc., etc., y procedió con tal tino y actividad que mereció los aplausos de los gobiernos de Chile y Perú. A su regreso volvió a Trujillo y organizó el Regimiento de los Coraceros, que después tomó el nombre del célebre Húsares de Junín: en la organización de este cuerpo le ayudó como segundo jefe el teniente coronel don Ramón Castilla. En la época de Riva Agüero representó el primer papel y se le debe el haber salvado al Perú de caer en manos de los españoles: su conducta de entonces fué patriota y desinteresada: no quiso aceptar de Riva Agüero el generalato, aunque se extendió el despacho y se publicó en la orden general.

En la época de Bolívar fué el primer agente para facilitar al ejército hombres, armas, subsistencias y toda clase de elementos; por esto se acarreó el odio de los pueblos en que necesitaba reunir lo que era escaso y que no se obtenía sino por la fuerza: este es el origen de su mala reputación, que sin ser juzgada bien, se ha perpetuado sin justicia ni fundamento.

Después del triunfo de Ayacucho le escribió Bolívar diciéndole que sin estar en el campo de batalla se le debía lo principal en el triunfo y de tal modo que sin su cooperación nada hubieran podido hacer —“tiene Ud. pues derecho a considerarse como el primer héroe de Ayacucho”, así le decía, poco más o menos en carta que original conservo — fué íntimo amigo de Bolívar y éste le manifestó un constante e inalterable aprecio hasta su muerte—. Lo mismo sucedió con San Martín. Estos dos héroes no fueron nunca olvidados por La Fuente y ambos le continuaron prestando amistad hasta el fin de sus días.

En el tiempo de La Mar es tan principal el papel que desempeña que no es posible bosquejarlo sin escribir muchos pliegos. En 1830 fué Vice-Presidente de la República; su amigo el Presidente Gamarra se le volvió enemigo y lo desterró a Chile — de donde regresó en tiempo de Orbegoso—. Cuando la invasión boliviana de Santa Cruz se hallaba en Chile: allá logró organizar la primera expedición que fué a Arequipa con Blanco Encalada. Las cartas del Presidente de Chile, de su célebre Ministro y de muchos personajes de esa República, demuestran claramente la alta idea que tenían de La Fuente, no sólo antes de la primera campaña sobre Arequipa, sino en la segunda. No debe Ud. ignorar cuál fué la causa de que no viniera mandando en Jefe esa segunda expedición, dejando el puesto a Gamarra: poseo todos los documentos sobre este importante hecho. Supongo que el general Bulnes no los ignore y se los haya revelado. Durante la campaña de la restauración o sea en 1837 y 38 representó La Fuente el mismo papel que en 1823 y 1824: a su inteligente dirección en la parte de proveer al ejército de recursos, hombres, plata, etc., etc., se debió en gran parte el buen resultado de esa memorable campaña — Gamarra y Bulnes, así se lo confesaron en cartas repetidas, que conservó y le serán honrosas.

No todos obtienen laureles en el campo de batalla; hay otros terrenos en que pueden cosecharse. Pero estos laureles se obtienen a costa de adquirir enemigos personales y es natural que una persona a quien se le quitan todas las bestias de su hacienda; otra a la cual se le embarga los arces, papas, etc., y una tercera a la que se le exige dinero sean enemigos personalísimos que ataquen el honor del individuo que les ocasiona el mal tan directamente; he aquí la verdadera causa de los muchos enemigos de La Fuente y de que su probidad haya sufrido tan cruentos ataques. Sin ser Arístides no fué un Cochrane.

Lo que caracteriza a La Fuente es su actividad. En sus modales y to-

no es muy agradable. Siempre ha sido consecuente con sus amigos y los ha socorrido en sus desgracias.

A pesar de la atacada probidad de este personaje, hoy sólo tiene una casa que apenas puede llamarse decente y para subsistir sólo cuenta con el sueldo de Gran Mariscal. Este personaje que ha mandado varias veces la República es hoy Alcalde de Lima y en su democrático puesto se maneja con tanta actividad y entusiasmo como un joven.

Omito la época del Gobierno de Vidal y Torrico, en que La Fuente era el primer héroe por que es ajena del objeto que Ud. se propone. Entonces fué el vencedor en Agua Santa y obtuvo en la elección libre de los pueblos ser elegido Presidente; puesto que no ocupó por las revoluciones que se sucedieron unas tras otras.

Lima, Marzo 26 de 1865.

---

NOTA.—Estos apuntamientos están escritos en los momentos del vapor, sin fijarme en el estilo, ni cuidarme en la redacción, etc., etc., pero son exactísimos y todos comprobados con documentos auténticos que poseo.

\* \* \*

## TRES SACERDOTES PERUANOS: AGUILAR - VIGIL - HERRERA

Por José Arnaldo Márquez

### I

No pudiendo vivir ya de esperanzas, los viejos solo vivimos de recuerdos; lo cual quizás es mejor, por cuanto no caben en ellos las ilusiones, precursoras de los desengaños, y más bien suelen entrañar ejemplos que pueden ser algunas veces enseñanzas ó consejos. Por esto suele sucederme de vez en cuando que me ponga a ver desfilar, en el horizonte crepuscular del pasado, tipos y figuras que pasan como sombras chinescas que se pierden en la penumbra. Una que otra, permanecen sin embargo expuestas por más tiempo á la contemplación del pensamiento, ya sea por su propio carácter de originalidad individual, ó ya por la significación y alcance que tuvieron en su tránsito por el escenario de la vida.

Llaman especialmente mi atención tres tipos notables, porque presentan un aspecto común á todos ellos y al mismo tiempo diferencias profundas y esenciales; motivo por el cual voy á procurar describirlos con toda la justicia é imparcialidad de que soy capaz. Son tres sacerdotes, notables por su talento y su instrucción, que presentan las tres facetas, en que, por decirlo así, está dividida la vida del clero peruano: esto es, la práctica de las virtudes privadas, la acción de la caridad universal y el predominio de la religión del estado.

Representa la primera categoría el presbítero doctor don Mateo Aguilar, á quien generalmente hoy se conoce como autor de un panegírico en honor de San Ignacio de Loyola. Pero este sermón no podría dar á las gentes una idea justa y cabal de su autor; pues en ese discurso solo se advierte la fuerza de imaginación y la especie de lirismo, que eran naturales de su inteligencia. Pero al lado de éstas y sobre ellas decollaban la profunda instrucción clásica, y la basta erudición científica y profesional en que era sobresaliente. Era un consumado latinista, y recuerdo que habiendo llegado a Roma unos sacer-

dotes que no podían expresarse en castellano, y no poseyendo el doctor Aguilar ningún idioma extranjero sostuvieron durante una hora una conversación correcta y hasta elegante en latín. Aunque yo era todavía un muchacho de colegio, había ya estudiado hasta el 4º año de latinidad, y podía darme cuenta aproximadamente de la maestría de Aguilar en el uso de ese idioma —¡Ah, hijo! estos hombres hablan un latín verdaderamente ciceroniano, mientras que yo apenas puedo chapurrear unas cuantas frases.

Era un fanático entusiasta de Fenelón de cuya obra "Las aventuras de Telémaco" le oí expresar un juicio admirable de lucidez y elocuencia. Puedo asegurar que tenía en la memoria las grandes obras de los santos padres, y que conocía á fondo los más notables escritos de historia universal. Tenía amigos y admiradores entusiastas, y no le faltaron facilidades y hasta promesas para ocupar posiciones elevadas en el ministerio; pero el doctor Aguilar, y esto es lo más notable de su carácter, se había impuesto como tarea primordial de su la de ser completamente humilde, cosa tanto más meritoria cuanto que era de naturaleza impulsiva y vehemente. Jamás quiso salir de su modestísima condición de capellán de la casa de ejercicios de Santa Rosa, donde predicaba un rato por las noches á un auditorio de unas cuantas docenas de beatas. Sin embargo solían acudir a la sacristía, que comunica con la capilla, algunas personas ilustradas deseosas de escuchar la palabra de ese distinguido orador sagrado. Una vez que casualmente me encontré allí le oí una serie de consideraciones sobre la modestia del verdadero mérito, en contraste con la vanidad de la juventud frívola e ignorante, que me parecen dignas de figurar entre las conferencias de Lacordaire ó del padre Jacinto en la catedral de París.

Su vida era modestísima: andaba pobremente vestido, y del frugal alimento que le preparaban en la casa de ejercicios, rechazaba todo lo que le parecía demasiado apetitoso. Puedo asegurar que jamás reservó para sí cosa alguna de cuantas distribuía entre los pobres, provenientes de limosnas ajenas, y de sus propios exiguos recursos.

El lado desfavorable de su carácter era su excesiva intolerancia, sobre todo en materia de creencias o de opiniones religiosas. Así es que tenía la más profunda indignación contra el doctor don Francisco de Paula González Vigil.

Esto me lleva a presentar la segunda categoría.

## II

Demasiado conocido como escritor liberal y como político, ha sido el doctor don Francisco de Paula González Vigil; y en este sentido nada nuevo podría yo decir respecto de él. La principal de sus obras fué durante varios meses tema de discusión para la prensa de Bélgica y de otros países europeos; de manera que la pública notoriedad me excusa de la necesidad de extenderme en comentarios sobre la materia.

Lo que sí encuentro más digno de remención que su talento y que su grande erudición, es el fondo de inquebrantable rectitud de su carácter como hombre público, y de su acendrada modestia y caridad como particular.

Vigil como miembro del Congreso, colocado en frente de las arbitrariedades de un gobierno militar y despótico, como los más que ha habido en el Perú, no vaciló en hacerse interprete de la opinión pública honrada, y formuló el famoso discurso que contenía estas palabras: "Yo debo acusar y acuso". La misma frase, repetida más de medio siglo después, ha inmortalizado á Emilio Zola.

En una época mucho más reciente, hallándose incorporado al senado, sucedió que en una sesión se tratara de llevar á cabo algunas de las intrigas usuales en la política. Entonces Vigil se puso de pie, y diciendo que no podía autorizar con su presencia semejantes iniquidades, atravesó el recinto del senado y se retiró para no volver.

En su participación en la vida pública no lo guió jamás aspiración alguna de ambición personal. Tenía un afecto profundo y una caridad entrañable hacia la patria. Casi siempre sus trabajos tendían a emanciparla del yugo de tradiciones añejas y retrógradas, en las cuales veía el principal obstáculo para la práctica de la vida republicana y democrática proclamada por nuestra constitución.

Su labor científica, por una parte, y el disgusto que le causaba la vida pública, tal como existía entonces, fueron causa de que permaneciera casi todo el tiempo en el edificio de la biblioteca nacional de la cual era director. Allí estaba siempre atendiendo a todos los que acudían á ese lugar á hacer estudios ó á coleccionar datos; y me complazco con recordar el vivo interés y paternal solicitud con que dirigió los primeros pasos de Ricardo Palma en sus investigaciones de documentos y de temas de la época del virreinato. Creo que en gran parte es a Vigil á quien debe el Perú tener al popular tradicionista.

El sueldo que la nación daba al bibliotecario era de cien pesos mensuales, apenas suficiente para que un empleado subalterno pudiera pasar una vida modesta. Sin embargo el doctor Vigil encontraba que era demasiado para él. Un día llamó a su secretario (que es de quien tengo este dato) y le dijo:

—Tú sabes, hijo, que yo tengo aquí mi habitación de balde, y para alimentación tengo de sobra con veinte o veinticinco pesos al mes; de manera que yo no necesito gastar más de treinta pesos mensuales. El resto distribúyelo tú entre las personas que conozcas más necesitadas, como madres de familia, ancianos enfermos ú otros por el estilo. Yo no necesito saber á quienes hayas auxiliado con ese dinero, pues tengo plena confianza en que lo has de invertir del mejor modo posible. Así es que no quiero que vuelvas á hablar-me de esto.

Esto continuó por varios años hasta la muerte del honrado secretario, que no precedió en mucho á la del dignísimo y caritativo sacerdote.

Vigil, según me lo dijo el mismo, había completado una obra suya *La religión natural* (1) que quedaría depositada en manos de un sobrino suyo para publicarse cuarenta años después de muerto el autor.

Vigil era el reverso de la medalla respecto del doctor Aguilar; pero no aborrecía á este, sino que le tenía por su intolerancia una verdadera conmiseración. Ni creo que haya cabido jamás el odio en el corazón de Vigil contra persona alguna.

### III

En 1842 al inaugurarse el gobierno de hecho del general Vivanco, ocupaba el presbitero doctor don Bartolomé Herrera el modesto empleo de cura párroco de Lurín. De allí lo sacó el nuevo presidente para co'ocarlo a la cabeza del convictorio de San Carlos, que era el principal colegio de la república, en el cual se cursaban todos los estudios de instrucción media, y además de jurisprudencia; de manera que, terminados estos, el alumno se

(1) El manuscrito original, hasta ahora inédito, se conserva en la Biblioteca Nacional.

graduaba de bachiller y al fin de dos años de práctica forense ingresaba al colegio de abogados. El rectorado de San Carlos importaba, pues, la dirección superior de la educación e instrucción que recibía la parte más prominente de la juventud de Lima, y de las principales provincias, pues de muchas de ellas acudían año por año numerosos alumnos.

El doctor Herrera prestaba el más vivo contraste con los tipos de los sacerdotes Aguilar y Vigil; pues al contrario de estos, no perseguía el ideal de las virtudes privadas ó del liberalismo humanitario, sino única y exclusivamente el entronizamiento del principio autoritario y monárquico, como único contrapeso a las revueltas continuas en que había vivido el Perú desde su independencia.

Por mucho que los peligros y desastres de aquella época se abultaran en la imaginación de doctor Herrera, nunca podían llegar a ser tan graves y funestos como los que entrañaba una propaganda contraria á la base fundamental de la organización política adoptada desde 20 años antes; organización que a fuer de nueva en el país, debía producir las mismas agitaciones y trastornos que en pueblos más antiguos y adelantados que el Perú.

Desgraciadamente la enseñanza de Herrera estaba decididamente apoyada por el gobierno, que era en el fondo una dictadura, como tantas otras que la precedieron y la siguieron, y contaba además con la cooperación de todo el antiguo elemento aristocrático y ultramontano de Lima. Así es que cierto número de alumnos, el más distinguido de los cuales era José María Irigoyen, quedó formando una agrupación completamente adicta á la enseñanza del rector. En cambio, otra parte más numerosa, entre los que figuraban inteligencias y caracteres notables, vino a formar un bando opuesto, á cuya cabeza figuraban José Gálvez, Manuel Rodríguez y otros.

Acaeció por entonces la sublevación de Lima contra el gobierno de Vivanco, que se había ausentado para combatir la revolución iniciada en el sur por el general Castilla. Una de las consecuencias de la lucha política fué la creación de un nuevo colegio en contraposición al que dirigía el doctor Herrera, y que debía hacer la propaganda de los principios liberales. Este fué el colegio de Guadalupe, que existe hasta ahora, y fué dirigido al principio por Sebastián Lorente y otros distinguidos profesores.

Como por desgracia se ha sacrificado todo en nuestro país al interés político del momento, aconteció que el general Castilla, triunfante y en posesión del gobierno, quiso mantener á sus alrededores á algunos elementos inteligentes á quienes creía necesario desarmar y neutralizar. Así fué que nombró ministro de relaciones exteriores a don Felipe Pardo y Aliaga, y mantuvo en el rectorado de San Carlos al doctor Herrera, á quien además agració con una canongía en el coro de la iglesia de Lima. Y sin embargo todo el país sabía que ni uno ni otro de estos dos personajes pecaba de republicano y democrata. Herrera había adoptado como texto de derecho público interno el tratado de Piñeiro Ferreira, monarquista brasileño; escribió algunos comentarios de esta obra.

Posteriormente, bajo el gobierno del presidente Echenique, liberal en la forma, pero conservador en el fondo, fué enviado Herrera á Roma, de donde regresó para ser algún tiempo después obispo de Arequipa. En este empleo falleció, no dejando por resultado de su doctrina ninguna huella importante, ó siquiera visible en la vida política de la última generación. Debe reconocerse en justicia que era un talento notable y que poseía distinguidas dotes oratorias.

\* \* \*

## DON JOSE JOAQUIN OLMEDO

por José Arnaldo Márquez

Fué en 1844 ó principios de 1845 cuando tuve la íntima satisfacción de conocer al gran poeta, autor del canto épico á la victoria de Junín, única composición de su género en los anales de las letras americanas, en ese tiempo y que continúa siéndolo hasta ahora. Principiaba yo entonces el primer año de física, por cuyo motivo á pesar de mi corta edad se me trasladó al primer departamento del convictorio de San Carlos, donde se alojaban los estudiantes de jurisprudencia y los de las clases superiores. Se me dió por alojamiento el cuarto más pequeño en la planta baja de aquel claustro; y recuerdo distintamente que en una columna de madera que quedaba frente a la puerta había grabadas con cortaplumas las letras J. J. O., cuyo significado ignoraba yo, pero obedeciendo al instinto de imitación y travesura propio de mis trece años me puse a grabar debajo de ellas las tres iniciales de mi nombre y apellido.

Hallábanse en ese mismo departamento, José Gálvez, que cursaba su último año, y entre otros los hermanos Nemesio y Eloy Orbegoso, hijos del antiguo presidente cuyo primogénito se había educado en Londres bajo la dirección de don José Joaquín de Olmedo. Sabido es que este hombre ilustre, natural del Ecuador, había recibido su educación en el antiguo convictorio de San Carlos.

No es de extrañar, pues, que después de los violentos trastornos ocurridos en su patria y de hallarse constituido un nuevo gobierno á cuya formación contribuyó poderosamente, pensara en hacer un viaje á Lima, donde tenía tantos vínculos personales.

Una mañana entró a mi cuarto Nemesio Orbegoso y me exigió que saliera con él para ser presentado á un señor amigo de su familia. Me hallé así en pleno claustro, en presencia de un caballero casi anciano, de poco menos que mediana estatura, de fisonomía bondadosa, tez blanca y ojos azules.

—Señor Olmedo, —dijo Nemesio— le presento a usted á un niño poeta que es entusiasta admirador de los escritos de usted.

Olmedo demasiado conmovido para poder hablar, me puso paternalmente su mano en la cabeza.

Evidentemente el cúmulo de recuerdos de su primera juventud que despertaba en él cada uno de los objetos que en ese momento tenía a la vista, le producía una emoción tan profunda que le embargaba la voz.

—Y no quiero dejar de decir á usted que este caballero se sabe de memoria desde la primera palabra hasta la última del canto a la victoria de Junín.

El señor Olmedo me estrechó entonces efusivamente la mano, tenía los ojos llenos de lágrimas, y se alejó lentamente.

Desde entonces José Gálvez, los hermanos Orbegoso y el mismo Olmedo han pasado de la escena de esta vida: unos entre los resplandores de una gloriosa tragedia, otros en la tranquilidad del hogar; mientras yo, esperando mi turno en la oscuridad y el aislamiento de un humilde rincón, me entretengo repitiendo de memoria las estrofas del glorioso vate del Guayas.